

nianos. Basta, aquí, reproducir una de sus numerosas descripciones de la España tradicional y patrioterica que según él es la que ejecutó a Rizal para captar el tono del ensayo. Es todo menos «dulce» esta representación que hace de la metrópoli: «La España —escribe— del viva España! sacrílego que se lanzó sobre el cadáver de Rizal es la España de los explotadores, los brutos y los imbéciles; la España de los tiranuelos y de sus esclavos; la España de los caciques y los dueños de grandes latifundios; la España de los que sólo viven del presupuesto sin ideal alguno». Sugeriríamos, para terminar, que la problemática del colonialismo aún sigue siendo vigente para Unamuno en 1907 porque todavía existe para él la España que conquistó y subordinó a los filipinos, la que los explotó y los discriminó por considerárseles el Otro de la civilizada metrópoli, que continúa oprimiendo, si no ya a los filipinos, al mismo pueblo español que es para nuestro autor, como bien sabemos, la esencia de España.

A. B.

Los imperativos de la objetividad: el escamoteo del sujeto

Antonio Lafuente y Juan Pimentel

La vulgata es contundente y no contemporiza con los críticos: la verdad es asunto de científicos. Nada que aspire a la condición de verdadero, es decir, a la objetividad, puede incorporar elementos que hagan de su portavoz un actor relevante. El uniforme de quien habla objetivamente es sobrio y, en el extremo, tendría que hacerlo invisible, pues cada vez que se nos revele su condición humana o su circunstancia étnica, religiosa, ideológica o lingüística, adquiriríamos el derecho a sospechar y probablemente el deber de interrogarnos por las causas que contaminan, y seguramente invalidan, afirmaciones que dejarían de ser ocupación de portavoces para convertirse en oficio de autores: no hablan los científicos, son las cosas mismas quienes se manifiestan. La naturaleza, ya sea entendida como un libro escrito por su Creador, ya sea como arcano que a veces se significa, sólo necesita la pluma dócil de quien escribe al dictado de una voz imperturbable, quizá sutil pero nunca caprichosa. Puede que su sonido llegue débil entre el estruendo que la circunda, pero siempre emite en la misma frecuencia.

Quien escribe es un simple amanuense y no un intérprete. Las cosas están ahí afuera y gritan su realidad, permaneciendo impertérritas, asombradas por la vanidad y verborrea de quienes mucho hablan y mucho yerran. Están ahí y están para siempre: aguardan al prudente, siempre esperan la llegada del desprejuiciado, alguien para quien la vulgata reserva el sustantivo de científico. Más aún, lo ideal es que desaparezca toda mediación humana y sea un simple artefacto calibrador el que registre la magnitud y periodicidad del signo.

Desde la Ilustración verdad y objetividad se abrazan y confunden. La alianza que se teje entre *auctoritas* y *veritas* arroja al mundo de lo opinable todo cuanto escape del reino de la ciencia. Sumerge en lo irracional toda razón que no se haya formado al amparo de las instituciones científicas. Y como no se quiere negar que hubo en el pasado quienes sostuvieron la cabeza entre los hombros y se esforzaron, aun sin conseguirlo plenamente, en alcanzar juicios verdaderos, ya no se dice que algo sea falso, sino que se le atribuye desdeñosamente la condición de superado u obsoleto. Así de extensa e intensa es la OPA de la ciencia sobre la totalidad de la razón. La ciencia tiene todos los saberes, todos los poderes, todos los derechos, toda la legitimidad; ningún problema, cualquiera que sea su origen o su naturaleza, tiene diagnóstico creíble y terapia eficaz si no logra un veredicto avalable como científico. Tal es la ubicuidad de la ciencia y tales son sus impresionantes exhibiciones de musculatura. Pero si tanto promete, tanto nos debe. Y en la medida en que no logre poner freno a su ambición de dominio, muy pronto, si no ya y desde hace algún tiempo, también serán suyos todos los retos y, en consecuencia, todas las responsabilidades.

La ciencia, pues, parece habitar en el templo de la verdad, un espacio de donde han sido desalojados los hombres que no practiquen el sacerdocio y el apostolado de la objetividad. Han de quedar fuera otras creencias, todas las ideologías, cualquiera de las pasiones. El extra-

ñamiento de lo subjetivo tiene una larga historia. Y su comienzo bien podría radicarse en Descartes, para quien la sabiduría es el resultado de un doble distanciamiento: el que debe alejar al sabio de la espacialidad de su propio cuerpo, y el que se le exige respecto al tiempo de la vida propia. Invirtiendo pues el *dictum* platónico, conocer no sería recordar, sino olvidar. Es decir, despojarse de las ideas acumuladas y de los prejuicios, pues sólo quien consiguiera deshacerse de todo aquello que le es familiar lograría ponerse en actitud de percibir esos pequeños destellos del *logos* que nos permiten sustraernos a la duda, la ilusión, el engaño, la locura o el naufragio. Hay que excavar mucha tierra, decía Heráclito, para encontrar un poco de oro, lo que traducido al lenguaje de Descartes significa que es ingente el esfuerzo de purificación que se requiere para que una simple certeza instantánea, ese destello del que hablábamos, pueda contagiar con su luz al resto de nuestro discurso, apartándolo de los cantos de sirena que seducen la mente barroca. Las pasiones son como lentes de aumento que exageran el tamaño de las cosas otorgándoles proporciones exageradas. Para restaurar la desmesura necesitamos una especie de pantógrafo, es decir un artilugio de agrimensor que meta las cosas en escala reduciéndolas a plano y medida. No se trata de corregir la visión, de arrojar más luz sobre las cosas, de iluminar mejor su realidad, porque ello significaría que sobredimensionamos nuestra capacidad de razonar, infravalorando la fuerza del deseo que ve por detrás del objeto en su sombra o a su alrededor en su aura. Las pasiones, ahora según Spinoza, nos bambolean sin propósito ni destino, como a un barquito entre las olas del mar. Estamos, pues, inermes y advertidos sobre los peligros de la travesía, los riesgos del sentir y lo errático del pensar. Incluir el cuerpo o los recuerdos sólo sirve para infectar de patrañas nuestro intelecto. Así de severas fueron las admoniciones contra advenedizos y así de hierático quiso imaginarse el paso del sabio entre sus coetáneos.

Las afirmaciones científicas tenían pues que dotarse de una ingravidez, aparecer flotando huérfanas de origen y, como las nubes, deambular sin querencia. Nada, sin embargo, más alejado de la realidad o, al menos, de lo que nos cuentan los documentos históricos. Digasenos si no, ¿cómo se podía proponer con éxito la existencia de la gravedad? Es decir, de una fuerza que atraía a los cuerpos a distancia, lo que equivalía a admitir que la materia inerte podía «enterarse», por algún mecanismo misterioso, de la presencia de que otro cuerpo le atraía y que, en consecuencia, debía comenzar a gravitar a su alrededor. Esta hipótesis, debida a Newton, venía a sustituir a la más inteligible del *plenum* cartesiano que simplemente aceptaba un espacio lleno por el éter, una especie de fluido inmaterial que, sin embargo, podía ser arrastrado por el movimiento planetario y transmitir por contacto hasta los confines del universo ese impulso inicial, asegurando la marcha del complejo mecanismo de relojería ideado por Dios. Nosotros vemos mucha cordura en Descartes y mucho entusiasmo en Newton. Sin embargo, el primero sería acusado de haber redactado un gran *roman* sobre el cosmos, mientras que el segundo nos llegó como el paradigma de la racionalidad científica. No hay duda, las leyes de Newton funcionan y daban cuenta de multitud de fenómenos físicos conocidos, pero sus afirmaciones son contrarias al sentido común, pues si la materia es inerte, ¿cómo se enteran dos cuerpos de que están cercanos, de que tienen que gravitar?

Hoy nos parece evidente, todos los niños lo saben. Se lo debemos al sistema educativo que lo difunde casi como una revelación, como una obviedad incuestionable: es así y todo el mundo lo sabe. No entró, sin embargo, en los manuales al uso sin lucha. Más aún, su inclusión entre los mismos científicos fue polémica y requirió la acción combinada de muchas circunstancias; entre ellas, la autoridad de Newton, la capacidad de un sector de los *wigh* y la Royal Society para imponer los límites entre lo verdadero y lo anticuado, y la acción combinada de nu-

merosos apóstoles del newtonianismo que mediante eficaces acciones propagandísticas lograron convertir a Newton en baluarte de la Iglesia de Inglaterra, refundador del método experimental, paladín de la ciencia aplicada y, por fin, en el más sublime matemático de todos los tiempos. En menos palabras, la mayor gloria que Gran Bretaña aportaba a la civilización.

En la bibliografía reciente de historia de la ciencia existen buenos textos que muestran cómo lograron los experimentalistas hacer que parecieran evidentes afirmaciones que no lo eran en absoluto. Nuestro argumento aquí involucra dos dimensiones del quehacer científico: de una parte, la naturaleza privada de la investigación y, de otra, el carácter público que debe tener su legitimidad. Pues la evidencia no es el resultado de la actividad de un sujeto, sino que emerge en la transición desde lo privado a lo público. O en otras palabras, en el trayecto que va desde la meditación a la reputación.

Margaret Jacob, que ha dedicado su vida al estudio de las relaciones entre ciencia y cultura en la Inglaterra de finales del siglo XVII, no dudó en calificar al newtonianismo de ideología dominante en el grupo de poder después de que los *latitudinarians* lo impusieran como norma de buen gusto: «La contribución más importante de los filósofos naturales de la Restauración [...] fue la articulación de un tipo de filosofía mecánica que requería la participación activa de Dios [...] El orden y la armonía, tan evidentes para los hombres de la Restauración, existían únicamente por ser la Providencia quien supervisaba todas y cada una de las operaciones de la naturaleza. Para ello se servía de leyes que expresaban su voluntad y que a la ciencia le correspondía descubrir y mostrar a fin de explicar al hombre las operaciones de la providencia en su Creador». Así entendida, la ciencia fue bálsamo que restañó las heridas de la guerra civil, legitimando a la Iglesia y al Estado de la Restauración monárquica y excluyendo del espacio público a librepensadores, fanáticos, ateos y materialistas de toda condición.

La filosofía experimental se convirtió en el mejor aliado del sector latitudinario de la Iglesia anglicana para el mantenimiento del orden y la estabilidad social.

Pero, con ser importante, el frente religioso y político no fue el más decisivo para la implantación del newtonianismo como divisa de la filosofía experimental. Por toda Inglaterra primero, y más tarde en los Países Bajos, Francia e Italia, iban a proliferar las sesiones públicas de demostraciones experimentales. Ambos factores, idoneidad moral y replicabilidad pública, contribuyeron a la creación de una especie de encanto órfico que acortó la enorme distancia que existía entre cultura de élite y cultura popular. No conocemos bien el origen del fenómeno, pero está bien documentado el uso intensivo que se hizo de un tipo de conferencia pública que incluía demostraciones prácticas en un escenario, frecuentemente la *coffee house*, en donde se teatralizaba el espectáculo de las fuerzas naturales en acción. Tenemos muchos ejemplos que prueban que la difusión del newtonianismo y de la filosofía experimental adquirió los perfiles de una cruzada de popularización. Gravesande, uno de los más acreditados manipuladores de instrumentos y destacado difusor en Holanda de Newton, explicaba con toda claridad la importancia del fenómeno: «Dado el carácter que tienen las demostraciones matemáticas, no me cabe la menor duda de que resultarían más fáciles si las conclusiones se establecieran ante nuestros ojos por procedimientos experimentales, siguiendo el ejemplo de los ingleses». Como vemos, no sólo se está loando una manera de entender la ciencia, sino también un estilo de enseñarla, un nuevo modelo de educación científica basado en la demostración experimental. Para entonces ya se habían conquistado para la ciencia nuevos espacios de legitimación con nuevas audiencias. Más aún, se había probado que el lugar donde se probaba el discurso era crucial, tanto para la creación de nuevos públicos, como para la aquilatación de un *standard* newtoniano. El público asistente alcanzaba el estatuto de testigo de un

acontecimiento y con su presencia daba fe de la veracidad de lo escrito; en consecuencia, los libros introducían una narrativa experimentalista que, subrayando las contingencias e incluyendo una proliferación de detalles técnicos y procedimentales, intentarían persuadir al lector de que el experimento se estaba realizando mientras se procedía a la lectura.

En la nueva retórica experimentalista el lector era convertido en público: un público que no podía permanecer pasivo, pues se le exigía el testimonio que sólo puede aportar quien tiene la condición de testigo presencial de un hecho. La prueba, como sucedía en los tribunales de justicia, se hacía tanto más legítima cuanto mayor era el número de testigos. Pero no sólo el número de asistentes aumentaba las probabilidades de veracidad, sino que también operaba decisivamente su calidad moral, su *status*, pues sólo eran de confianza quienes pertenecían a una comunidad digna de fe: los patricios de Roma, los *gentlemen* de Londres o la hidalguía sevillana. Y en una sociedad cortesana tan proclive, como ha explicado Norbert Elias, a la proliferación de escenarios donde probar el *status*, la condición de respetable se gana en el día a día y en el cara a cara del saber estar, del saber hablar y del saber aparentar: privilegios reservados a una nobleza que debía acreditar públicamente, ejercitando la prudencia y el autocontrol, la vigencia de su reputación, prestigio o poder.

Ya tenemos pues los elementos que necesitamos para nuestro argumento: el *actor* que se comporta como un demostrador público, el *escenario* que generalmente es un espacio abierto y de libre concurrencia, como los *coffee houses*, y el *público* que interesa que no tenga condición plebeya, gente que sepa distinguir entre un mago y un filósofo experimental. La fórmula tiene éxito: el motivo de la reunión no es otro que producir evidencias, transformar una actividad privada en un test público, intercambiar meditación por reputación. Lo que defienden los demostradores es un *corpus* científico, un estilo de pensamiento, una obra que desean canónica, pero lo que

hacen es seleccionar algunos ejemplos significativos y transferir la supuesta legitimidad parcial lograda para un caso al conjunto de un cuerpo doctrinal y de una comunidad de practicantes. No sólo no se renuncia al espectáculo, sino que se eligen los experimentos para divertir y atraer público, es decir testigos. Esto es importante porque no todo se puede experimentar, como tampoco todo lo demostrable se atiene a las condiciones mínimas que debe tener un espectáculo de éxito. Así pues, como explicó Foucault, el conocimiento no es el resultado de la actividad privada de un sujeto, sino que el cuerpo implicado y el teatro donde se exhibe determinan las formas posibles de conocimiento del sujeto.

En efecto, los experimentos de mayor impacto eran los realizados con la electricidad, y las demostraciones, en consecuencia, estaban limitadas por los instrumentos disponibles y la peligrosidad de los efectos. Había, pues, que limitar la violencia de la descarga eléctrica para evitar accidentes, sin renunciar al espectáculo. ¿Quién podía ser sujeto paciente de aquellas chispas y descargas? Sólo alguien de confianza, nunca un plebeyo, a cuyo testimonio le podía restar credibilidad el miedo, el interés, la desidia o la imaginación. A veces se utilizaron empleados públicos, como soldados dóciles o leales sirvientes, pero lo más frecuente era que fuese el propio científico el que formara parte del experimento. Así, el demostrador, cuyo crédito en la sociedad cortesana estaba en juego, ponía su cuerpo dos veces: la primera como actor-director del espectáculo, y la segunda como *locus* mismo de la prueba. El acto de producir evidencia requería así la mayor implicación del sujeto: el manejo de su cuerpo, tanto como las palabras con las que se expresaba, no eran contingentes, ni expresiones impersonales o abstractas, sino parte crucial de una dramatización en la que estaba en juego su reputación y la credibilidad de la nueva ciencia. Era una exhibición a la que los asistentes —gentes de *status*, como se dijo— no acudían sin arriesgar también su honor.

El sujeto del conocimiento, lejos de ser escamoteado, como decíamos que deben operar los científicos y recomendaba Descartes, estaba integrado en la empresa del saber por los cuatro costados. Pero obviamente la sociedad cortesana no era perfecta y los controles establecidos para asegurar la verosimilitud de lo que sucedía ante sus ojos y, a veces, hasta en sus cuerpos, no bastaron para que emergieran toda una chusma de diletantes y oportunistas. Algunas de las maravillas que sucedían en el escenario alimentaron la credulidad y no tardaron en aparecer fraudes que podían hacer imperceptible la frontera entre un truco y una prueba, entre un artilugio y un instrumento, entre un mago y un filósofo.

Veamos un ejemplo relevante. La electricidad era vista como un fluido natural (*sutil* o *imponderable*) cuya influencia sobre los cuerpos inanimados podía explicar, por ejemplo, el movimiento planetario, dando así solución al enojoso asunto de la acción a distancia; o, limitándonos a los seres animados, aclarar las muchas dudas que siglos de astrología o de filosofía vitalista habían sembrado sobre los problemas de la conducta o de la generación de la vida. Se experimentaba con el cuerpo humano buscando una síntesis, pero también tratando de descubrir nuevos efectos y distintos fenómenos de naturaleza eléctrica. Los paralíticos, los tísicos y sifilíticos o los locos eran blanco privilegiado. Para quienes imaginaban el cuerpo vivo como un sistema de tuberías por las que circulaban humores, no era descabellado imaginar que la electricidad podría desatascar los poros, acelerar los flujos o engrasar los órganos. Una hipótesis avalada por una mentalidad que emparentaba la electricidad con el fuego (de ahí su carácter purificador), o con la luz (de donde su carácter extraterreno).

La manufactura del fármaco, especialmente cuando comenzaron a proliferar los de origen químico y mineral, producía, según los testimonios, substancias de un sabor deplorable. Como su eficacia nunca fue probada se tendía a aumentar la dosis, lo que no sólo potenciaba su re-

pugnancia, sino que incrementaba los efectos secundarios, suponiendo que también los tuviera terapéuticos. A alguien se le ocurrió una solución seductora: introducir las sustancias en un vidrio hermético, electrificarlo y poner al paciente en situación de poder absorber los vapores que supuestamente eran emitidos. Esta absorción podía realizarse por vía respiratoria o anal. Los primeros experimentos con perfumes parecieron concluir con éxito, mas cuando se pasó a efectuarlos con medicamentos, introduciendo el tubo en el cuerpo, se produjeron accidentes desagradables que muchos médicos resistentes a la filosofía experimental calificaron de agresiones gratuitas. Nollet, uno de los más famosos experimentalistas de la Francia de mediados de siglo, no logró los efluvios salubríficos, pero conocía abundante literatura procedente de Italia que describía espectaculares éxitos en los salones de algunos nobles venecianos, napolitanos y florentinos. No lo dudó y en la primavera de 1749 cruzó los Alpes para comprobar «...el éxito de quienes habían dicho tener en sus manos aquellos fenómenos de la electricidad».

El viaje de Nollet constituye un verdadero ejercicio de desmitificación de ciertas prácticas que, tenidas por científicas en Londres o París, no eran, cuando se desplazaban hacia el Sur, sino patrañas ideadas por gentes sin honor, sin criterio y sin instrumentos. Su incredulidad se desplazó por los tres roles envueltos en un buen experimento: el de testigo, el de sujeto y el de practicante. Terminó acusando a los testigos de ser gente fascinada por la cultura de las maravillas de la naturaleza y proclive a la credulidad. Respecto a los sujetos cuestionó su origen plebeyo, negándoles la serenidad y el juicio característicos del *gentleman*. Los italianos protestaron diciendo que si se requiriese experimentar sobre patricios, nadie de tan alta condición aceptaría correr los riesgos, teniendo la ciencia que renunciar a muchas áreas de experimentación, o a la indispensable condición de replicabilidad experimental. Nollet no admitió este círculo vi-

cioso; más aún, argumentó que no se podía confiar en el testimonio ofrecido por pobres ni mujeres. Al principio reclamó que la prueba utilizara la persona del demostrador, lo que planteó el problema de si eran equivalentes e intercambiables su cuerpo de francés con el de un noble italiano. La cuestión tenía su importancia porque cuando se ofreció como sujeto mismo de la experimentación, sintió malestar de estómago con la secuela de vómitos y dolores. Nollet, sin embargo, no admitió que tales efectos los produjera la acción de los efluvios balsámicos producidos por la electrificación, sino sencillamente la mala dieta, acusando a la cocina piemontesa de demasiado fuerte y de escasa calidad. Y, ya por fin, acabó negando que estuviese discutiendo con verdaderos filósofos y comenzó a tratarlos en su correspondencia de estúpidos y vanidosos. Para ello, aportaría la convicción de que los tubos que había que electrificar no eran herméticos y que los efectos que sí había percibido, teniéndose a sí mismo como único testigo cualificado, fueron producidos por la electricidad y nada más.

En resumen, su condición era doble: mientras, de una parte, confirmó que el programa experimental que desarrollaba en París estaba bien encaminado al probar que la electricidad podía ayudar en la curación de ciertas enfermedades o a acelerar el crecimiento de las plantas; por la otra, reconocía la dificultad de perseguir el intruismo científico si el sujeto de la experimentación, dada la escasez de hombres de honor, no era automatizado, reemplazando a las personas por máquinas.

Pero la campaña por la objetividad y el escamoteo del sujeto ha sido tenaz y puede rastrearse en muchos lugares del saber. Veamos otro caso, extraído de un campo bien característico de la nueva filosofía experimental, la historia natural, la disciplina considerada por Boyle y todos los continuadores del programa baconiano no sólo como la rama del saber más sólida y asentada a finales del siglo XVII, sino también como la herramienta idónea para la implantación de la propia *Instauratio Magna*. La

elaboración de historias naturales de todos los fenómenos, la persecución y acumulación de hechos, hechos brutos desprovistos de hipótesis y teorías, redobló el interés hacia la literatura de viajes, el género por antonomasia donde la recolección de datos del mundo natural se generaba de una forma tan visible como inagotable. En efecto, como cabía esperar, los viajes fueron rápidamente objeto de interés por parte de los fundadores de la Royal Society. Boyle, Hooke y Rooke publicaron en los primeros números de las *Philosophical Transactions* instrucciones y recomendaciones para esos navegantes, comerciantes y naturalistas que recorrían el planeta, de hecho, los agentes del gran banco de datos al que Verulamio había exhortado. Tampoco se cansó de arengarles Thomas Sprat, autor de la primera *History of the Royal Society* —esto es, primer propagandista de la mayor empresa de la razón. Y es que, bien mirado, si hubo un fenotipo humano que encarnaba al científico pergeñado por Bacon —esa mezcla de artesano y comerciante emprendedor, ese observador imparcial y testigo del mundo— ése era el explorador. El viajero era, pues, un experimentador en el sentido lato del término. Viajeros fueron los que verificarían la imperfecta redondez de la Tierra y los que rellenarían las retículas taxonómicas. A ellos se dirigiría Rousseau para cartografiar el género humano y en ellos beberían Linneo, Buffon, Diderot, Montesquieu, Adam Smith y el resto de los fundadores de las respectivas *ciencias modernas*. No hay duda: en un espacio bien distinto del gabinete o el laboratorio, los genuinos lectores del gran libro de la Naturaleza, los encargados de descifrar códigos y recolectar especies, eran los viajeros, los auténticos *nuevos odiseos*. Pues, aunque ligado a la historia de Occidente desde su origen, el viaje como empresa civilizadora había ido adquiriendo a partir del Renacimiento una nueva dimensión, conquistando ya para la Ilustración el *status* de metáfora misma de la modernidad, la representación sublime del drama que conjuga expansión y conocimiento, poder y saber.

Pero como todo programa, el de Bacon tenían sus contradicciones y problemas. Uno de orden epistemológico: el optimismo desmesurado en el método empírico chocaba con el escepticismo en la evidencia de los sentidos y su capacidad mediadora. El otro hacía referencia a la idoneidad de ese soporte donde se fraguaba buena parte de las historias naturales y la idea del mundo: la literatura de viajes también había sido fuente asidua de patrañas y embustes, un vehículo para la exaltación de la Naturaleza como símbolo o emblema, donde tradicionalmente los hechos se habían presentado bajo el disfraz de lo ameno, lo maravilloso, lo mítico o lo extraño. Había, pues, que refundar el género, limar la prosa y el estilo, clarificar los objetivos, depurar las contaminaciones. Y más las contaminaciones de lo humano que de lo divino —dicho sea de paso— pues la presencia de la teología natural, la creencia en la lectura del libro de la Naturaleza como segunda Revelación y complemento de la palabra escrita (la Biblia) estuvo bien asentada desde John Ray hasta Darwin en todo el período al que nos referimos. En esta dirección apuntaban Boyle, Hooke y Sprat, los mismos artífices del programa experimental en los salones de la Royal Society: la retórica de las narraciones de viaje debía alcanzar el carácter aséptico y neutral de los ensayos en el laboratorio. Debía buscarse una verdad «severa, concreta y completa». Se imponía aquí también una mirada científica. La observación, descripción y clasificación de los hechos debería alejar al objeto (la Naturaleza) del sujeto (el hombre). Nos encontramos ante una manifestación más de lo que Norbert Elias llamaba la neutralidad afectiva en la observación de las cosas y de las personas que se produce en el proceso de la civilización. En este caso se trataba de que también la historia natural de los viajeros se independizara de los deseos y los miedos humanos, en favor de eso que suele llamarse «experiencia» o «empirismo», las palabras mágicas que los hombres suelen pronunciar un segundo antes de atribuir leyes y cadenas causales a los fenómenos.

El siglo XVIII —la segunda era de los descubrimientos— asistió a esa campaña profiláctica desde todos los frentes. Sprat había solicitado que las imágenes y las descripciones de los naturalistas fueran concretas y basadas en experiencias directas, repudiando el lenguaje ornamentado y el «truco de las metáforas». Maupertuis y Charles des Brosses también canonizaron la objetividad como valor supremo del relato de viaje. El abate Prevost —compilador de una de las grandes colecciones de viajes de todos los tiempos— profesó la misma fe y elevó la ambición documental a la categoría de fantasía positivista: «El viajero —decía— debe ponerse a componer una relación no solamente donde la verdad no falte, sino que encierre, sin distinción, todos los objetos de la curiosidad y el saber». Está claro que en esta operación por la transparencia informativa lo que sobraba era, precisamente, el mediador, el que arrancaba, transportaba y representaba los hechos y los seres vivos de las regiones más alejadas. «Nullius in verba» rezaba el *motto* de la Royal Society. Y en esa dirección parecían ir encaminados los esfuerzos de los promotores de las expediciones científicas, pues una multitud de grabadores y pintores fueron embarcados junto a una pléyade de lacónicos —aunque prolijos— linneanos y newtonianos. Nomenclaturas binomiales, trigonometría esférica, realismo en las representaciones de la flora, economía en el lenguaje: el camuflaje de los sentidos estaba servido.

A principios del siglo XIX el gran naturalista George Cuvier concluyó la operación quirúrgica, extirpando ese cuerpo molesto y dañino, el del viajero. A su parecer había dos tipos de naturalistas, el viajero y el que permanecía sedentario en su estudio. Si bien el primero disponía de las ventajas propias del trabajo de campo (inmediatez, contacto, intensidad), al segundo le correspondía la parte del león del verdadero naturalista. Era éste el que por medio de la distancia, el reposo y la abstracción podía reconstruir las relaciones, las causas y las cadenas entre los seres vivos, los asuntos que al prime-

ro —absorto en lo fragmentario— se le escapaban. El único viaje real de exploración de la naturaleza era el que no se producía: no era físico, tenía lugar en el gabinete. El verdadero conocimiento del orden de la naturaleza no procedía del contacto, de la experiencia del cuerpo sobre el terreno, sino precisamente de la distancia. La verdad de la historia natural era dañada en el trabajo de campo. La observación fidedigna de la naturaleza dependía, paradójicamente, de la capacidad para no estar allí: de no ver, no sentir, no tocar. La ocultación de Cuvier era un truco más en ese repertorio del juego ilusionista que proponen los viajeros y los científicos para convencernos de lo contrario: para hacernos creer que los suyos son los nuestros, los de todos, son *los ojos*.

Y sin embargo, pese a toda la retórica de la objetividad —plana, escueta, neutral: la retórica preferida por los predicadores de la verdad—, ¿en qué producto del conocimiento resulta más *evidente* la decisiva importancia del sujeto que en éste? En la historia natural, en la cartografía, en la geografía de los viajeros, era el mismo cuerpo del experimentador el que sufría los desplazamientos y las fiebres tropicales. Eran sus ojos los que veían y sus manos las que palpaban.

Fijémonos en Humboldt, el penúltimo de los grandes viajeros, el campeón del ingreso de la geografía en el sagrado recinto de las ciencias. En junio de 1802 el sabio prusiano efectuó la ascensión al volcán del Chimborazo, en el actual Ecuador. Eran muchos los asuntos que allí le llevaron. Geografía de las plantas, vulcanología, sistología, fitogeografía: el ascenso hasta sus 5.600 metros de altitud era todo un reclamo para sus múltiples investigaciones. Entre otras cosas, de allí salieron sus ideas geológicas un tanto trastocadas, pues suele atribuirse a sus observaciones en la cordillera de los Andes su conversión del neptunismo al plutonismo, lo que por cierto irritó bastante al mismísimo Goethe. Veamos cómo se produjo el ascenso: acompañado por Bonpland y Montúfar, en unas condiciones extremas, Humboldt avanza len-

tamente aferrado a una plomada y a su inseparable barómetro, un instrumento del que jamás se desprendía, pues ya se sabe la fe ciega que los científicos depositan en el utillaje que amplifica, corrige y perfecciona las limitaciones de los sentidos. En la descripción de los hechos, el propio Humboldt incluye sus observaciones y notas sobre la altitud y las formaciones graníticas en un relato que contiene otros elementos. Allí aparecen «el espeluznante abismo en el que asomaban inmensas masas de rocas desnudas» y los cortes que le ocasionan en pies y manos los cantos afilados de las piedras. Surgen las náuseas, los mareos y las dificultades de la respiración. Más aún: «Nos sangraban los labios y las encías» y «los ojos se nos inyectaron de sangre»... Y una vez alcanzada la cima, «¡qué grandioso e imponente espectáculo! [...] La ilusión de la victoria renovaba nuestras fuerzas».

No podía ser de otra manera: la narración está vuelta en el tono épico que la ocasión requiere. El ascenso al Chimborazo debe ser entendido en todo su significado: enlazando con la tradición inaugurada por Plinio el viejo, que encontró la muerte en el Vesubio, Humboldt es plenamente consciente del alto valor simbólico que supone coronar la que por entonces era tenida como la mayor cima del mundo. La gesta científica está unida a la humana. *Es* una hazaña humana: de la mente y —también— del cuerpo, de su propio cuerpo herido y maltrecho alcanzando una meta insólita. En su día la aventura le granjeó a Humboldt una enorme popularidad. No pasó desapercibido el carácter heroico del acto, el momento supremo en que el hombre y su ciencia conquistaban el punto donde se confundían el cielo y la tierra, los dos elementos del cosmos.

Y puestos a rescatar la escenografía del teatro científico donde se mueven los viajeros, ¿quién puede imaginar una ambientación y un *finis dramae* más logrados que los de la muerte de James Cook? En las dulces playas de Hawai, el capitán británico no sólo encuentra su final como el dios moribundo incorporado al ciclo mito-

lógico de los indígenas —tal y como retrató Marshall Shalins—, sino que también logra ingresar en el panteón de la cultura occidental. Mediante la inmólación de su cuerpo, gracias al sacrificio supremo, sus viajes y descubrimientos adquieren *inmortalidad*.

Más tarde llegan los filtros y las oportunas depuraciones. Quedan las relaciones que rigen la altitud y la vegetación, la actividad sísmica y la volcánica. Permanecen los perfiles de las costas, las tintas isométricas y las observaciones barométricas. ¿Y dónde están los ojos de Humboldt, inyectados de sangre? Más aún: ¿dónde estaban los «lazos eternos», el «equilibrio de los elementos», la plenitud, la armonía? ¿En el mundo natural o en el ansia de hallarlos? ¿Fuera o dentro del que experimenta?

Tenemos que hacernos estas preguntas, pues la actividad científica es realizada siempre por hombres de carne y hueso, hombres que sueñan y padecen, hombres que proyectan sus pasiones, sus creencias éticas y estéticas sobre los hechos que estudian. Ábranse si no los *Cuadros de la Naturaleza* del mismo Humboldt, y véase al científico atrapado entre «las bellezas y riquezas que rodean al observador», sumergido en esa «multitud de imágenes parciales que turban la serenidad y el efecto general del cuadro». En efecto, molestan, pero ahí están. Habremos de reconocer en el viajero (en el experimentador, en el científico) no tanto al fiel lector como al escritor del mundo al que finalmente pertenece. Y si así lo hacemos, será preciso entonces rescatar el gesto tembloroso o decidido de su mano empuñando la pluma.

Concluyamos. Lo que hemos querido mostrar es que el sueño cartesiano de despersonalización de la evidencia, purificando nuestros asertos de cualquier connotación subjetiva, corporal, sexual o emocional, no se realizó más que programáticamente durante la Ilustración. Además de los descritos, hay una ingente cantidad de ejemplos que podríamos haber aportado para apoyar esta conclusión. Con todos ellos reforzaríamos la misma tesis: el científico formaba parte fundamental de su trabajo, ya

sea por la teatralidad de su acción pública, ya sea por la nueva retórica con que envolvió sus escritos, ya sea por la implicación de su propio cuerpo como sujeto de experimentación. La evidencia, pues, comenzaba por ser autoevidencia, como era exigible a quien antes que nada aspiraba a la condición de buen cristiano y, por tanto, atento escrutador de los signos que revelaban la grandeza, bondad y sabiduría del Creador. Pero éste era tan sólo el comienzo, pues ni los filósofos experimentales ni los naturalistas se comportaron ni como genios incorporales, ni como puro *cogito*.

Quedarse en el arquetipo implica renunciar a comprender los mecanismos de producción pública de evidencias e ignorar todos los resortes retóricos, instrumentales e institucionales que hubo que desplegar para que los hechos aislados pudieran elevarse a la condición de pruebas públicas, proyectando sobre las convicciones personales al aura de las teorías científicas. No faltará quien insista en su apego a la vulgata y afirme que en realidad no hemos estado hablando de la ciencia, sino de una etapa previa y tal vez necesaria que llamaríamos filosofía experimental, historia natural, literatura de viajes o paleo-geografía, una etapa en la que sus practicantes, no sólo como individuos sino también como parte de una comunidad profesional, fueron, ellos mismos, otra más de las herramientas que requería el ensayo y la prueba. Estaríamos así actuando como Nollet y según un uso frecuentado por dialécticos de toda condición: escamoteando el objeto, o sea, en nuestro caso, negando que sea ciencia todo cuanto no cabe dentro del ideal o prejuicio positivista que propaga la vulgata. Pero esta es otra cuestión, el escamoteo del que queríamos hablar era el del sujeto, pues ciertamente los científicos han demostrado mucho éxito a la hora de encontrar una retórica capaz de presentar los resultados de su trabajo como hechos intemporales e impersonales.

A. L. y J. P.

¿Quiénes somos? Universalismo moral y selección económica*

Richard Rorty

¿Bajo qué circunstancias podría alguien plantearse la pregunta de quiénes somos? Lo más apropiado sería encontrarla en boca de quien pretendiera convertir a su público en una forma más cohesionada de comunidad. Es el tipo de pregunta retórica que haría en un mitín electoral el dirigente de un partido político. En tal caso su significado sería: «¿qué ideal unificador nos llevaría a parecernos menos a una multitud que a un ejército, a ser no tanto un grupo de gente congregada por azar cuanto un conjunto de personas que unen sus fuerzas para llevar a cabo una tarea común?»

La pregunta «¿quiénes somos?» es muy diferente del tradicional interrogante filosófico «¿qué somos?», sinónimo del kantiano «¿qué es el hombre?». El significado de

* Ponencia presentada en el II Foro Filosófico de la UNESCO, celebrado en París entre el 27 y el 30 de marzo de 1996.

El término aquí traducido como «selección», en el título original es «triage», que, como se explica después, se refiere al tipo de selección que los hospitales practican con las víctimas de catástrofes en caso de no poder atenderlas a todas.